

OTRA VEZ EL MIEDO



El español ha ido viviendo con una idea del alcalde que oscila entre los rasgos heroicos del teatro del siglo de oro y la representación del caciquismo y del poder arbitrario. En la foto, Ayuntamiento de Guadalajara.

sido tan fácil: se es consciente en las villas de menos habitantes de que se sigue dependiendo de grandes planes generales, nacionales; regadíos o industrias, enseñanza o electrificación, se escapa de su poder de decisión. Está más allá. En la capital de la provincia, en la región, en Madrid...

TODO esto está haciendo que la campaña electoral se haya ido haciendo abstracta, y que lo que debía ser una proximidad del hombre con el poder inmediato se haya vuelto a bipolarizar en el sentido derechas-izquierdas. Como un apéndice de las elecciones generales y como un resultado de esas elecciones generales. El 3 de abril no va a ser un 14 de abril, pero tampoco Pedro Crespo va a salir de las urnas. Es más fácil que en algunos lugares se refrende el poder de los personajes corporativistas, de los surgidos y establecidos en el régimen anterior. Como, después de todo, ha ido pasando en las elecciones generales. Todo ello puede generar muchas abstenciones, sobre todo en las ciudades grandes; o puede generar también muchos votos de resignación, de desconfianza o de miedo.

PROBABLEMENTE, la forma más conveniente de aproximarse a los resultados de las elecciones generales sea la de una cierta reserva. Son las primeras, están cargadas de muchos factores psicológicos, de muchas reminiscencias históricas y de muchos factores coyunturales. Todo ello hay que tenerlo en cuenta. Puede ser que la izquierda quede, en general, bastante mejor parada que en las elecciones generales; puede que no. De todas formas, algunas cosas van a cambiar, y aunque el poder no pase automáticamente en todas las Alcaldías grandes a los hombres de la izquierda, van a figurar indudablemente como concejales, van a estar presentes en los planes, van a participar en las grandes discusiones, en los grandes debates. Todo esto va a ser enormemente útil. Y se va a reflejar, sobre todo, en las elecciones municipales siguientes. Este camino es también bastante lento. Pero tiene mucho que ofrecer en lo inmediato. ■

UN autor que estrena en el Centro Cultural de la plaza de Colón explica las ventajas que tiene el local para el público de Madrid que se siente "incómodo y temeroso de salir por las noches"; el Centro tiene su estacionamiento propio, "de modo que el que se desplace desde lejos para asistir a la obra llega, ve el espectáculo y se marcha sin haber asomado una oreja a la calle". Quizá haya espectadores que prefieran el riesgo de que les corten la oreja asomada a la calle para ver cualquier otra obra. Pero no es esa ironía, fácil y quizá injusta, la que inspira la frase. Es el miedo ante ese miedo, la inquietud ante esa inquietud. En la temporada pasada de ópera vi algunas damas que al entrar en el teatro se ponían collares y sortijas que llevaban ocultos, y que al terminar la función se los volvían a quitar para salir a la calle. Unas dobles de fatuidad y miedo interesantes desde un punto de vista psicológico. Luego esa sociedad digirió su propia pesadilla con una moda: lo elegante es no llevar joyas. Pero, eso sí, tenerlas. "Son fáciles de transportar", dicen.

Esa sociedad tiene miedo y hace una cosa con él: lo exagera. Lo magnifica, lo potencia, lo exhibe. Se acabaron los tiempos en que el caballero español enrojecía, se encolerizaba y hacía uno de sus famosos disparates si alguien sospechaba que tenía miedo. No lo tenía y, si lo tenía, lo ocultaba. El caballero español de hoy presume de su miedo. Lo ostenta. Quizá sea también uno de sus famosos disparates. El miedo a los demás es una acusación a los demás y, en términos generales, a este tiempo: no hay protección, no hay seguridad, no hay orden. Con Franco, las damas y los caballeros no tenían miedo (lo tenían todos los demás: las mujeres y los hombres).

Y así se valora mucho más el suceso del navajero de la esquina lóbrega o del muchacho que fuerza la cerradura de un coche que a la gran estafa de los quinientos millones de pesetas llevados de Barcelona a Suiza, o que cualquiera de los pequeños y grandes escándalos. La gran estafa atañe siempre a esos dineros que son como si no tuvieran dueño fijo: dineros abstractos, generales y vagos. En cambio, la navaja en el pecho se refiere concretamente al pecho de uno mismo, al dinero de uno mismo: todo el que lo lee siente hurgar la punta acerada en su garganta.

El miedo está destruyendo una amplia industria nocturna. Restaurantes, teatros, cines, bares, salas de todas clases. Se cuenta con cierto placer morboso: "Anoche estuve en restaurante y sólo había tres mesas, con la mía...". El interlocutor se estremece. Los dos piensan que no hay que salir de noche. Y se piensa, efectivamente, en esos locales que tienen su propio aparcamiento, en los que no hay que asomar una oreja a la calle.

Es una destrucción. Porque la verdad es que no es verdad. Que el índice de delincuencia nocturna no es tan alto en Madrid, o en Barcelona; que se está amplificando, que se está manipulando. Que es una injusticia que un sector de la sociedad está cometiendo. O un suicidio de una clase. ■